

Más allá de las condenas

Al incalificable asesinato de Gregorio Ordóñez le han seguido las condenas y después o al mismo tiempo, las valoraciones políticas. Pero más allá de las reacciones, nos llega de golpe, bruscamente, la evidencia: ETA mata. No es novedad. Lo viene haciendo desde hace más de un cuarto de siglo, pues tal resulta, al parecer, su única razón de ser. Pero la rutina suele llevar a que nos olvidemos de ellos. Perdidos en elucubraciones metafísicas sobre cómo se acabará la violencia, con debates interminables acerca de qué política les convencerá de que no debe matarse, convertimos al terrorismo en un dato político más. Como si fuese aceptable que la muerte entrase dentro de los baremos a partir de los cuales construir una sociedad democrática. Por eso, el asesinato de Gregorio Ordóñez nos devuelve a la realidad, tras unos tiempos en que nos hemos perdido en dimies y diretes. Y la realidad es que ETA mata.

Este es un país con poca memoria. Por eso, a los estremecimientos que provocan asesinatos como éste siguen pronto, pocas semanas después, los olvidos, la idea de que aquí no pasa nada. ¿Es éste un país civilizado? Puede ponerse en duda. Al menos, si por civilizado entendemos la búsqueda de un marco civil para resolver los conflictos. No es sólo que aquí exista una organización cuyo objeto social es la muerte, ni que haya grupos que aplauden los asesinatos. Es que, además, las fuerzas democráticas tienden a interpretar la lucha contra el terrorismo en términos de conveniencia política. De ahí los zarandeos a los que se le somete al Pacto de Ajuria Enea, como si lo importante fuese que triunfe una u otra estrategia de partido, y no que se acabe con el terror.

Tiene este asesinato una característica que lo hace particularmente repulsivo, si es que caben grados en la repulsión que produce el terrorismo: se ha matado a una persona porque ha defendido democráticamente sus ideas. Y, por eso, el crimen atenta contra todos los vascos que rechazan el totalitarismo. Una de las lacras argumentales que suelen rodear al terror es la idea



MANUEL MONTERO

Profesor de Historia Contemporánea en la UPV-EHU



de que los terroristas, aun equivocados, luchan por la libertad de los vascos. Se olvida con demasiada frecuencia que ETA mata porque quiere quitar la libertad a los vascos e imponernos su reducida visión del mundo. En el asesinato de Gregorio Ordóñez, era éste quien defendía, y lo hacía con las palabras, nuestra libertad, y sus asesinos le han matado porque quieren arrebatárnosla. A todos, y por eso le han arrebatado la vida.

Otra de las lacras es que llevamos décadas haciendo valoraciones políticas de delitos que merecerían la simple descalificación, sin más

Llegarán pronto, también, las justificaciones del entorno *hachebita*. En realidad, hasta han llegado antes: pues no hace ni una semana declaraban que la visita a San Sebastián de Aznar era una agresión al pueblo vasco. Pues ellos piensan que las alternativas políticas de los vascos no son las que salen de las urnas, sino las que ellos deciden. Pero pronto nos llegarán más explicaciones, y nos dirán que el contexto explica inexplicables asesinatos como éste. Es una de las argucias favoritas del entorno del terrorismo, la de responsabilizar al contexto de todo lo que nos hacen. El contexto tiene la culpa de todo, los terroristas actúan forzados por las circunstancias, como contra voluntad. Es el mismo argumento, una y otra vez. ETA asesina, y pronto sus voces vienen a decir que *la muerte* —nunca el asesinato: no hay que llamar a las cosas por su nombre— es una reacción más ante

el contexto socio-político que vive el pueblo vasco. Según el argumento, los terroristas son algo así como virginales criaturas a las que, muy a su pesar, les cayó encima el contexto y les forzó a reaccionar.

Pero el contexto de ETA y sus secuaces no son las circunstancias que vive el pueblo vasco cuya ansia mayoritaria es que terminen tantas barbaridades, sino que existe sólo en su imaginación: el contexto no lo tienen fuera, sino dentro. Eso sí, su razonamiento sirve para atribuir un carácter político a cualquier tropelía. Otra de las lacras de nuestra vida pública es que llevamos décadas haciendo valoraciones políticas de delitos que no merecerían sino la simple descalificación, sin más consideraciones.

Cuando legitiman cualquier insensatez con el contexto no son originales. A este procedimiento *intelectual* han acudido todos los totalitarismos. Los propagandistas nazis justificaban el acceso de Hitler al poder, la supresión de la democracia y las barbaries que siguieron por el contexto que vivía Alemania tras la Primera Guerra Mundial. Los ideólogos franquistas legitimaron la sublevación militar del 18 de julio por la situación de España durante la II República. Del contexto de Chile durante la presencia de Allende hablaba Pinochet. Todos los fascismos se parecen.

Resulta habitual, además, que nos bombardeen con su supuesto afán de paz. Aquí el sarcasmo llega a sus últimos extremos. Su pacifismo se asemeja al de Hitler, al de Franco, al de Mussolini: todos buscaban la paz... construida sobre los muertos, una paz excluyente que impusiese su visión del mundo. Pero el pacifismo no consiste en la voluntad de paz (los más belicosos dictadores han querido, también, su paz), sino la renuncia expresa a la guerra, a la violencia, la apuesta por la democracia, por la tolerancia y por los derechos humanos.

El asesinato de Gregorio Ordóñez constituye, así, otro paso en el intento de acallar a quienes rechazan el totalitarismo. Tiene probablemente otras lecturas políticas: pero, al final, lo único importante es que han matado a un hombre por decir lo que pensaba.

A Gregorio Ordóñez



JOSE MARIA AZNAR

Presidente del Partido Popular

MUCHAS gracias, presidente, muchas gracias por venir», me habías repetido una docena de veces. Habías querido que tu proclamación como candidato a la Alcaldía de San Sebastián coincidiera con la fiesta de vuestro patrono, cuando celebráis vuestra Tamborrada.

Allí estábamos. Llenos de ilusión; tras muchos años de esfuerzos y sacrificios, el Partido Popular había ganado las elecciones europeas en San Sebastián; luego ganamos las autonómicas el pasado mes de octubre; ahora queríamos ganar las municipales y verte de alcalde. Era tu mayor deseo y el mío también.

Si te acuerdas, por la mañana estuvimos en Adegí, la sede de los empresarios guipuzcoanos, con los representantes de la siderurgia, y almorzamos con ellos en

Rekondo. Era nuestro compromiso con la industria vasca y española.

En el trayecto me hablaste de tus proyectos; no había calle por la que pasáramos que no fuera objeto de tu atención. «¿Es que no vas a parar nunca, Goyo?», te decíamos Jaime Mayor y yo entre risas y bromas.

No querías parar; no queríamos parar. Poco después fue el acto de proclamación de tu candidatura. Un acto sencillo, como a ti te gustaba. Te sentías donostiarra por los cuatro costados. Sentías y expresabas un inmenso amor por tu ciudad y trasladabas ese sentimiento a todos tus actos. Herri Batasuna había publicado un comunicado considerando mi visita como una provocación, amenazando una vez más. No te guardaste nada dentro cuando hablaste de ello.

Y luego, la Tamborrada. «Que me quedo, hombre, que me quedo», porque no te lo acababas de creer. Cenamos juntos; cantamos juntos; tocamos los tambores juntos; recordamos y hablamos mucho. Todo esto fue el jueves pasado. Un día de los muchos que pasamos juntos en San Sebastián o cualquier otra ciudad guipuzcoana.

Eras todo lucha; pero eras siempre una llamada viva de simpatía, de esperanza y de coraje. Lo que tenías te lo habías ganado con tu trabajo y con tu valor. Estas líneas son sencillas, como tú; también como el que las escribe; también como debe ser el cielo que bien te has ganado.

Jaime te envía un abrazo emocionado y todos tus amigos también. Quisiste ser donostiarra y lo fuiste. Vasco, y lo fuiste. Español, y lo fuiste. Seguro que lo seguirás siendo.

Yo también te envío un abrazo y quiero que sepas que al redactar estas líneas, a mi pluma no la ha guiado ni la ira ni el rencor, sino la firmeza y la responsabilidad y, sobre todo, como a ti, nuestro amor al País Vasco y a España. Seguiremos, Gregorio, seguiremos y triunfaremos.

Un abrazo de tu amigo.

Duelo y solidaridad

PATXI ITURRIOZ

Ex diputado de EE por Guipúzcoa

SER de otra opción política no me impide, bien al contrario, expresar públicamente a tu familia y a tus compañeros del PP el dolor que tu asesinato me ha producido. Cuando los correos de la muerte invaden calles y pueblos, ¿qué podemos hacer los que, como tú también mientras estabas entre nosotros, tratamos de organizar la sociedad sobre la base de lo general humano? Tengo que confesarte que añoro aquel momento en el que el inmenso colectivo popular se movilizó y concentró en Anoeta, en un magnífico acto solidario con Julio Iglesias Zamora. Todos, en aquella jornada, tendrían su propia experiencia. La mía fue inenarrable. Tanta gente acudió que ni pude entrar en el estadio. Me quedé en los alrededores, disfrutando por estar junto a tantos conciudadanos de toda clase y condición política y social que allí habíamos acudido. Pensé para mí que habíamos llegado a encontrar esa flor azul, ese deseo colmado, que tanto anhelábamos. Pero aquello, hermoso, que sirvió para confirmarnos de su existencia, que tanto daño hizo a tus asesinos, no duró desgraciadamente mucho tiempo.

¿Que por qué te cuento todo esto? Porque creo que ese es el objetivo que debemos perseguir: buscar la unión frente al terrorismo de todos los que estén por la paz y la democracia. A él podremos llegar con el empeño diario, constante, de cada uno allá donde se encuentre. Creo que es el mejor homenaje de solidaridad que podemos ofrecerte.

En el empeño por alcanzar esa flor es donde está la salida a tanto sufrimiento. Es un deber y un consuelo. El dolor une, el sufrimiento hermana y nuestro trabajo en favor de la convivencia pacífica se ve sin duda facilitado por vuestro recuerdo.

Un deseo todavía: que ni uno sólo de tus votantes se quede sin dar a tu partido el voto que tenía pensado dártelo en las próximas elecciones municipales.